



D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE ¹

Al comenzar el presente estudio, como siempre que pienso en poetas contemporáneos, acuden involuntariamente á mi memoria estas tristes palabras de Enrique Heine, en un capítulo de sus *Reisebilder*: «En otro tiempo, en la antigüedad, en la Edad Media, el mundo era de una sola pieza, y había poetas *enteros*. Honremos á estos poetas y goce-mos de su genio ; pero toda imitación de su uni-dad es una mentira, que difícilmente se oculta á los ojos que saben discernir lo verdadero de lo falso.» Y añade con profunda amargura Enrique Heine, que es lástima que el mundo se haya par-tido en dos, y que el corazón del poeta, no pu-

¹ Publicado en los *Autores Dramáticos Contemporáneos*, a frente de *El Haz de leña*.

diendo mantenerse íntegro y compacto, haya padecido los efectos de esta violenta división.

Al Sr. Núñez de Arce, como á todos los que hoy viven, le ha alcanzado algo de esta universal calamidad, y no es mengua de su fuerza poética el que pueda decirse de él que no es un poeta *entero*, aunque sea un gran poeta. ¿Y qué se entiende por poeta *entero*? Procuraré aclarar mi pensamiento, ó más bien el de Heine, que me ha dado pie para entrar en materia.

Hubo siglos, en efecto, en que el alma del poeta vibraba acorde con las de sus oyentes. En las sociedades primitivas, y en otras más adelantadas, pero todavía de unidad sencilla y poderosa, era el cantor eco solemne de la multitud que le escuchaba, y casi se confundían sus atributos con los del sacerdote y el profeta. Sobre un fondo común de ideas y de afectos se levantaban, no (como soñó la escuela *wolfiana*) mil voces que se confundiesen luego en una ráfaga de sonido, bastante á inflamar el corazón de los guerreros y á hacer postrarse á los creyentes al pie de los altares, sino la voz única, y de inmortal resonancia, del varón elegido por el Numen para marcarle con su sello. Este hombre, ni por lo que creía, ni por lo que sentía, ni por lo que afirmaba de las cosas de este

mundo y del otro, ni por el odio ó el amor que enfervorizaban su canto, se distinguía notablemente de la masa de su pueblo; pero todo lo creía, lo sentía y lo afirmaba de un modo más enérgico, más íntimo y más luminoso. Toda idea que pasaba por su mente se convertía instantáneamente en imagen, y toda imagen era veladura de aquel *universal* vislumbrado por el poeta en una especie de ensueño. Leía en piedras, plantas y metales revelaciones prodigiosas, y, como del sabio Rey cuentan las leyendas orientales, tenía la clave del lenguaje de los pájaros y del aroma de las flores. Pero quizá debía todas estas maravillosas virtudes y aquella profusión de luz con que aparecían en su mente los espectáculos de la naturaleza, al hecho de ser vulgo, de ser uno de los pequeñuelos de su gente, de no ser apenas *persona*, en el sentido individual y autonomista de la frase. Llamen los críticos á la poesía de tales hombres poesía *popular*, y todos convienen en darle por nota característica la *impersonalidad*, no ciertamente en el sentido grosero y material de que todo un pueblo la vaya componiendo fragmentariamente, sino en otro sentido más profundo, es á saber, porque el pueblo contribuye á ella con la elaboración anónima, no de los versos, no de la

forma (que será siempre, así en las sociedades bárbaras como en las cultas, privilegio y virtud de uno solo, á quien por tal excelencia llamamos artista), sino de la materia de la poesía, del mito, de la teogonía, de la leyenda; y el poeta, que tiene la dicha de concentrar todos estos rayos de luz en un foco, no es *persona*, en cuanto no es inventor ni creador de ninguna de estas cosas, sino que las acepta buenamente de la tradición, creyéndolas con fe encendida y sumisa. Sólo á tal precio será creído él, y será recibida su obra amorosamente por el pueblo. No es *persona*, en cuanto sus conceptos y aún sus pasiones no le pertenecen á él más ni menos que á cualquiera de los que le oyen, y sólo le pertenece una cosa, la *forma*. Pero la forma es de tal eficacia y virtud, que en ella se arraiga y fortifica su personalidad, y por ella se levanta, al mismo tiempo, el nivel de la cultura en el pueblo circunstante, que se reconoce á sí mismo en los cantos del poeta; pero ennoblecido y glorificado por el divino fulgor de la hermosura. Así se establece aquella cadena magnética de que Platón nos habla, cuyo primer eslabón es el poeta, el segundo el *rapsoda*, el *mimo* ó el cantor, y el tercero el público. Es claro que cuando el poeta siente de un modo y los espectadores de otro,

ó más bien, cada cual de un modo distinto, esta poesía no existe ni se concibe siquiera. Y como es ley de la humanidad que la conciencia individual, ó, digámoslo mejor, el mundo interior de cada uno, esa esfera de cristal en que encerramos un número determinado de sentimientos y de ideas, se vaya distinguiendo y separando cada día más del mundo intelectual colectivo, resulta que han de llegar forzosamente épocas de increíble disgregación moral, de fraccionamiento atomístico en el sentir y en el pensar, en las cuales épocas no habrá más poesía legítima y sincera que la poesía individual, que algunos llaman lírica, pero con error, porque también cabe un lirismo, de especie muy distinta, en las sociedades primitivas y épicas. Llamémosla, pues, individual ó personal, y esto será más exacto. Claro es que esta poesía, si no ha de ser letra muerta para los contemporáneos, ha de corresponderá algún estado general del alma humana; pero lo expresará de una manera tan singular ó peculiar del poeta, que vendrá á convertirse en propiedad y dominio suyo. Á pesar de la honda división que producen las escuelas filosóficas y sociales y los sistemas políticos en incesante lucha, todavía el placer y el dolor son lengua universal é inteligible para todos; sólo

que cada poeta habla esta lengua con las inflexiones de su propio dialecto. Nace de aquí una variedad inmensa de tonos y de matices en la lírica contemporánea. Pero ¿dónde encontrar una poesía que nos exprese todas las relaciones sociales, todas las fuerzas y manifestaciones de la vida, en una palabra, el hombre entero, así en lo moral como en lo físico? Y aquí vuelvo á acordarme de otras palabras de Enrique Heine, no menos verdaderas que las pasadas: «Vivimos intelectualmente solitarios: cada cuál de nosotros, merced á una educación particular, y á lecturas dirigidas la mayor parte de las veces por el acaso, ha recibido una tendencia de carácter diferente: cada cuál de nosotros, como si estuviese moralmente disfrazado, piensa, siente y obra de diverso modo que los demás, y el no entenderse es tan frecuente, que la vida intelectual en común se hace difícil; y donde quiera nos encontramos extraños unos á otros, y como trasplantados á tierra extranjera.»

Hay mucha verdad en estas lamentaciones. En otro tiempo había poetas nacionales, poetas de raza, de religión, primeros educadores de su pueblo, fundamento de su orgullo.... Homero, Dante, Calderón. Hoy no hay ni puede haber otra cosa (como no sea en nacionalidades atra-

sadas y rudimentarias, ó en aquellas que no han alcanzado todavía su independencia plena, y que en el fragor de la lucha mantienen viva la conciencia nacional) que poetas de sentimiento y de fantasía individual: Byron, Leopardi, Lamartine, Musset, Heine y, después de ellos, los *Dii minores* de todas las literaturas. Nuestro siglo se señala, no hay que negarlo, por un desarrollo prodigioso de esta especie de poesía. Cada uno de estos sacerdotes poéticos tiene su templo, su culto y sus fieles. ¿Cuál de ellos representa la poesía del siglo XIX? Á mi entender, todos y ninguno. El más grande de todos es Goethe, y, sin embargo, la poesía de Goethe es el secreto de pocos iniciados: la misma extraordinaria cultura del poeta le aísla del vulgo, y pocos, entre los hijos de los hombres, podrán seguir de hito en hito el vuelo del águila de Weimar. Entre su nación y él media una distancia incalculable.

Es, pues, vana, aunque sea generosa empresa, la de querer reproducir en nuestra edad los prodigios líricos y épicos de las sociedades jóvenes y convertirnos en poetas populares. En tal empeño nos perderemos siempre, al paso que podremos ser grandes y originales, tan grandes como esos poetas primitivos, siguiendo un rumbo distinto del que ellos siguieron, y hablando

de las cosas de nuestra alma, como Byron y Leopardi.

¿Es esto decir que toda poesía moderna haya de reducirse á esta contemplación egoísta de sí propia? No, en verdad. Si en los tiempos que corremos no es dado al poeta levantar con sus versos los muros de las ciudades, puede todavía asociarse á los triunfos de la civilización, y encontrar en ellos una fuente de poesía, no ya sólo nacional, sino humana, magnificando todos los esfuerzos del trabajo y todos los elementos que ha conseguido poner bajo su mano, desde el telar y la lanzadera, hasta la fuerza eléctrica que enlaza dos mundos. Y si no puede, como en las más remotas edades de la historia, juntar con el lauro de su frente las ínfulas sacerdotales, puede, si la fe arde en su pecho, y él no quiere atarse al carro de la impiedad triunfante, puede todavía hablar de las cosas de Dios en lengua que llegue á los más y á los mejores, como llegó la voz de Manzoni en los *Himnos Sacros*; pero siempre á condición (para que esta voz sea íntima y penetrante) de que no responda á pasajero sentimentalismo, como en Lamartine y Chateaubriand, sino á la robustez enérgica y viril de la creencia tradicional, como en el gran poeta lombardo antes citado. Y, finalmente, aunque el

vate lírico, en las actuales condiciones, rara vez pueda hacer resonar su voz en la plaza pública, ni descender á la palestra olímpica, ni servir de guía ó de faro á los combatientes y á los legisladores; aunque no pueda ser, no ya David, sino ni aun Píndaro ó Tirteo, todavía puede, en las grandes crisis de su pueblo, alzar el cántico de victoria ó la lamentación sobre las ruínas, aunque las más de las veces, por efecto de la tendencia individualista que nos domina, esta misma poesía vendrá mezclada con algo, y aun mucho, de personal, y será, si se exceptúan algunos pasos y situaciones heroicas, antes la poesía de un partido, quizá grande, quizá dominante, que la poesía de una nación. Pero sucederá en cambio, porque todo está compensado en el mundo, que esta poesía *civil* (como los italianos dicen), por lo mismo que casi siempre persigue un ideal abstracto de justicia y de derecho, no se encerrará en los estrechos límites del solar nativo, y la comprenderán muchos de los extraños, al mismo tiempo que será letra muerta para no pocos de los propios.

Este carácter cosmopolita ó universal que asignamos á la poesía de nuestro siglo, no sólo en la esfera del sentimiento individual, que con más empeño cultiva, sino en la esfera de los in-

tereses generales, que á veces invade, se refleja poderosamente en aquellas, por otra parte escasas, obras líricas de nuestra edad, donde el poeta ha querido agrandar el campo de sus triunfos, no limitándose á hablar á cada lector en solitario asilo, sino tomando alternativamente el papel de tribuno, de soldado, de apóstol, y algunas veces el de profeta. Aun en los cantos numerosos, y algunos muy bellos, que la unidad italiana ó la patria germánica han inspirado, se siente como el rechazo de una tormenta mayor, y suena á lo lejos el estruendo de la revolución europea; algo, en suma, más hondo que la cuestión de razas ó de nacionalidades. Y de igual suerte, los cantos que nuestra guerra de la Independencia inspiró á Quintana, tienen tanto de europeos como de españoles; y por la mezcla que en ellos se advierte de las ideas francesas, y aun del espíritu enciclopedista del tiempo, podían haber sido fácilmente adoptados por los vencidos, al paso que debían sonar desapaciblemente en los oídos de algunos de los vencedores.

Pero con todas estas restricciones y otras más que habría que hacer, si llevásemos adelante este análisis, cabe en nuestros tiempos una poesía más alta que la que es puro color y pura música, ó ambas cosas á la vez; más importan-

te y trascendental que la que hace del amor inagotable tema; obra, finalmente, que sin perder su condición de artística, y acaso por esto mismo, se convierte en elemento poderosísimo de organización ó de trastorno social. Cuando esta poesía traspasa los lindes del momento presente, y abarca todo el cuadro de la vida humana, derramando en ella la alegría y la esperanza, ó ungiendo sus alas con el suave nardo del sentimiento evangélico, produce las maravillas de *La Campana* ó de *La Pentecoste*. Cuando descende á la arena de la pasión contemporánea y se trueca en espada terrible y luminosa, surge la canción de Báranger ó el *Scherzo* de Giusti, y con formas y tono más remontados, la poesía política de Núñez de Arce.

Núñez de Arce pertenece, pues, al género de los poetas *civiles*, de los que increpan y amonestan, de los que hacen crujir su látigo sobre las prevaricaciones sociales, de los que imprimen el hierro candente de su palabra en la frente ó en la espalda de los grandes malvados de la historia ó de los que ellos tienen por tales, pues no se ha de olvidar que el poeta político, en nuestros tiempos, no puede menos de ser un hombre de partido, con todos los atropellos é injusticias que el espíritu de facción trae consigo.

Pero este mismo espíritu no cabe sino en almas de temple recio y viril, naturalmente honradas y capaces de apasionarse por una idea. De donde resulta que, para que las indignaciones ó los entusiasmos del poeta político nos conmuevan, siquiera sea de un modo transitorio, y mientras dura la impresión de lo que leemos, es menester que tengan algún fondo de nobleza y generosidad, y que lleven implícitos algunos de esos conceptos universales, aceptables para todos, aunque varíe cada cuál en la inteligencia que les da, v. gr., el de libertad, el de ley, el de patria, el de derecho, nombres todos gratos al corazón humano, como no sea en un grado de perversión increíble. ¿Podemos llamar *entera*, en el sentido heiniano, á la poesía de que son nervio estas ideas? Sí, en cuanto á su base y fundamento. No, en cuanto á la *interpretación*, donde, bajo el poeta, comienza á aparecer el hombre de partido. Y, sin embargo, aún podría ser *entero* el poeta, dentro de estas condiciones, pero á precio de ser fanático, cosa imposible en nuestros días, en que el mismo choque de las opiniones va limando las asperezas, y en que cierto buen gusto, cada día más esparcido, prohíbe el ser energúmeno, excepto á los infelices que lo toman por oficio. Acontece, pues,

cuando un poeta verdadero y grande, como aquel de quien voy á escribir, desciende á la liza, que por un lado su delicadeza y cultura le impiden llegar á las extremosidades, en que se deleita el vulgo soez de todos los partidos, y, por otro lado, sus ideas traen, mezclado con lo general, mucho de parcial y deleznable. Todo esto circunscribe notablemente el auditorio del poeta político, enajenándole de una parte á todos los violentos de su propia bandería, y haciendo que los que no piensan como él, sólo fríamente participen de su entusiasmo, lo cual, por última consecuencia, también cansa y desalienta al poeta, falta de eco y de estímulo. Nace de aquí un doble desequilibrio: primero entre el poeta y su público, segundo en el alma del mismo poeta, que fácilmente cae, á lo menos por intervalos, en el escepticismo más ó menos razonado y sincero, y en vez de cantar, según su punto de vista, á la fe ó á la razón, señoras del mundo, canta á la duda, con lo cual, al paso que enerva la fibra moral de sus contemporáneos, niega y destruye el fundamento de su propia poesía, que sólo vive por la fe robusta en el ideal que propaga.

No hemos de intentar, ni cabe en los límites de este artículo, considerar al Sr. Núñez de

Arce bajo todos los aspectos de su actividad literaria. Como estas páginas han de servir de prólogo á un drama suyo, fuerza será hablar con más extensión de las obras que ha destinado al teatro, y especialmente de la más notable de todas, de la que aquí se reimprime. Pero como, á pesar de sus méritos dramáticos, que luego haremos resaltar, el Sr. Núñez de Arce es, ante todo y sobre todo, un gran poeta lírico, no podemos pasar adelante sin insistir en este rasgo capital de su fisonomía.

No vamos á hacer la biografía del Sr. Núñez de Arce. Tengo por una casi impertinencia el hacer la biografía de los vivos, y cuando estos son estimados y poderosos, la impertinencia toma visos de adulación. Baste saber que Núñez de Arce nació en Valladolid el 4 de Agosto de 1834; que se crió en Toledo, de cuya ciudad es hijo adoptivo; que ha sido, además de poeta, hombre político y periodista, gobernador, diputado, subsecretario, y actualmente ministro de Ultramar, cosas todas que para la apreciación estética importan poco. Lo único que importa hacer constar es que Núñez de Arce, por las mejores y más sanas partes de su ingenio, y por las condiciones de la lengua poética que habla, es hijo de la escuela castellana, llamada común-

mente salmantina, á la cual se prende y adhiere por diversos lados, mucho más que á las escuelas andaluzas. Y si se pregunta ahora cuál es, entre los poetas de Salamanca, el predilecto suyo, y aquel de quien más vestigios perseveran en sus cantos, sin menoscabo de su inspiración propia, todo el mundo responderá con el nombre de Quintana. ¿Quién dudará que el *Miserere* es hijo del *Panteón del Escorial*? Y no porque le haya imitado servilmente, que no es Núñez de Arce hombre para seguir con paso rastrero las huellas de otro. El verdadero genio lírico, en lo que tiene de más íntimo y sustancial, no desciende de nadie, hace escuela por sí propio, y sólo á Dios debe los raudales de su inspiración. Pero también es verdad que Núñez de Arce se asemeja á Quintana, no como discípulo, sino como hermano gemelo, como hijos del mismo terruño, y educados con las mismas auras. Uno y otro se parecen en no mirar el arte como frívolo solaz, sino como elemento educador y civilizador de los pueblos. Uno y otro buscan la inspiración, no en solitaria estancia, lejos del bullicio, sino al aire libre y á la radiante lumbre del sol, entre las oleadas de la multitud y en el fragor inmenso de la batalla, entre trueno de cañones y relampaguear de espa-

das. Uno y otro miran el mundo, no como paraíso de amores ó como desierto de melancolías, sino como palestra ó circo, henchido de multitud clamorosa, al cual descienden para hacer prueba de sus músculos de atleta. Uno y otro son gladiadores armados con la *espada del canto*, según la gráfica expresión del poeta italiano.

Fué gloria de Quintana, debida ciertamente á la edad en que vivió, no haberse limitado á tarea tan estéril y desconsolada, y haber afirmado con fanatismo indómito tantas cosas por lo menos como las que negaba, semejante en esto á los hombres del 89. No ha alcanzado Núñez de Arce semejante virginidad revolucionaria, y por eso duda mucho más de lo que afirma, y llora sobre lo que destruye. Ni ha alcanzado tampoco lo que á Quintana dió la guerra de la Independencia, es decir, un auditorio de héroes, ante los cuales renovar, por caso único en nuestros tiempos, los prodigios de Tirteo y de Simónides, lanzando por los campos castellanos los ecos de la gloria y de la guerra, y cortando de nuevo los lauros de Salamina y de Platea, para ceñirlos á la frente de los vengadores de las víctimas de Mayo.

Pero el poeta no es dueño de la historia, ni siquiera de los motivos de sus canciones. De

aquí que Núñez de Arce, con facultades poéticas no inferiores á las de Quintana, no sea responsable de no haber encontrado *en esta sirte miserable* (que su predecesor decía) tan altos asuntos para el canto. No es culpa suya el haber tenido que ser un Quintana sin Trafalgar, sin Bailén y sin Zaragoza.

Lo mismo le aconteció á Tassara, poeta sevillano, aunque muy de la cuerda de Núñez de Arce. Pero Tassara, con mal acuerdo y sinceridad de inspiración dudosa, antes que deplorar la triste realidad que sus ojos veían, prefirió perderse en vagas declamaciones, síntesis y filosofías de la historia, en predicaciones apocalípticas y vaticinios preñados de tempestades. Tuvo en más alto grado que ningún otro poeta castellano el *os magna sonaturum*; pero casi siempre hay en su poesía algo que suena á hueco, y mucho que parece lección de historia ó ejercicio de retórica.

No así Núñez de Arce. Casi todos sus versos políticos, que son entre todos los suyos los que vivirán con inmortalidad más robusta, han nacido al calor del hecho actual; ahí están sangrientos y palpitanes, compendiando en sí todas las vergüenzas de nuestra historia contemporánea. Y como el poeta tiene siempre algo de

vidente, aun contra su voluntad y propósito, suelen trocarse en sus labios, como en los del antiguo adivino, las bendiciones en anatemas, de tal suerte, que el pesimismo tradicionalista más desgarrado no podría encontrar arsenal mejor provisto de armas que el de los *Gritos del combate*. Allí marcha España, por *entre lágrimas y cieno*,

«Roto el respeto, la obediencia rota,
De Dios y de la ley perdido el freno,»

azotado su rostro por aire de tempestad, y agotadas por sutil veneno las fuerzas de sus músculos. Allí, convirtiendo el poeta sus estrofas en hierro estampado sobre la herida abierta, levanta en 1870, en medio del triunfo de la Revolución á la cual él servía, el látigo de Juvenal y de Quevedo,

«En medio de esta universal mentira,
De este viento de escándalo que zumba,
De este fétido hedor que se respira,
De esta España moral que se derrumba.»

Bien puede decirlo Núñez de Arce: él no aduló nunca á la licencia desgreñada del motín, nunca á las turbas que arrastran por el fango las blancas vestiduras de la libertad. Si la intención puede salvar al poeta hasta de la falta de lógica, el poeta está salvado, y no sólo en condición de tal, sino en la de hombre de bien. Nunca para

la maldad triunfante, tuvo aplauso ni excusa. Su voz austera, robusta, draconiana, se alzaba siempre en aquellos tremendos días, como para purificar la atmósfera corrompida por el olor de la sangre y el humo del incendio. La conciencia nacional, amedrentada por la insolente tiranía del motín, se templaba y vigorizaba con el canto masculino y poderoso de Núñez de Arce. Era una tribuna la suya más eficaz que la tribuna parlamentaria. Cuando el tempestuoso Ríos Rosas descendía al sepulcro, acompañábale el himno, á un tiempo fúnebre y triunfal, de Núñez de Arce, con la más alta consagración que ningún héroe de la palabra ha obtenido, mayor que la que tributó Béranger á Manuel. Cuando sonaban en Alcoy y en Cartagena los aullidos de la hiena demagógica, templaba el poeta su bronceína lira para maldecir

«Aquella triste y vergonzosa tarde,
En que un Senado imbécil y cobarde
Vendió sin fruto y entregó sin gloria,
Cediendo á los estímulos del miedo,
El trono secular de Recaredo »

Podría preguntarse, en verdad, al enérgico y catoniano maldecidor, qué tenía de común con el trono de Recaredo el trono que aquella asamblea derribó, y por qué escandalizarse tanto de

lo que, después de todo, no era más que una evolución lógica, natural, forzosa y perfectamente legítima dentro de la ortodoxia revolucionaria, que con dura impenitencia ha profesado, durante toda su vida, el Sr. Núñez de Arce. Pero dejando estas consideraciones, tan obvias como extrañas al arte, sólo cabe admirar la potencia de expresión, el empuje como de aríete, la rotundidad de la estrofa á un tiempo sobria y llena, la elocuente y desolada amargura que estos versos revelan. En buen hora se los compare con los *yambos* de Barbier; no quedarán inferiores. Y á su lado palidecen las ardorosísimas diatribas que la indignación política más generosa ha dictado á algunos ilustres vates de la América española, v. gr., Mármol, flagelador de la tiranía de Rosas, y José Eusebio Caro, azote de los opresores de Nueva-Granada.

Pero Núñez de Arce no es exclusivamente poeta político, ni es posible serlo, cuando se llega al campo de las letras después de un período de lirismo interno y psicológico. Por otro lado, cuando la invectiva política no es libelo personal y lleva como sustentáculo alguna idea generalísima, forzosamente ha de penetrar el poeta en cuestiones de orden más alto, y hacer

filosofía, sabiéndolo ó no. Y el Sr. Núñez de Arce la ha hecho en varias de sus más notables composiciones, v. gr.: en su epístola *La Duda*, tan popular en América; en su oda *Tristezas*; en la sátira á *Darwin*, y en algunos de sus poemas de mayor extensión, v. gr., en *La Selva Oscura* y en *La Visión de Fray Martín*.

Esta filosofía, como casi todas las filosofías de los poetas, es muy endeble en su razón metafísica. Casi se reduce á esta sola palabra: la *Duda*. Núñez de Arce es el cantor oficial de la duda: no sólo le ha consagrado toda entera la soberana epístola indicada, sino que en todos sus versos posteriores á 1867, la ha convertido en recurso poético y *Deus ex machina*, ya como idea, ya como personaje alegórico. Es, por cierto, la duda un estado patológico, característico de nuestros días; pero por sí misma, y como tal estado patológico, vale poco para el arte. Ya lo notó el ingenioso y sabio autor¹ del excelente prólogo que acompaña á las poesías de Núñez de Arce en la reimpresión de Bogotá. Toda poesía requiere afirmaciones ó negaciones robustas, y los mismos poetas, que pasan por escépticos, son verdaderos poetas por lo que afirman ó por lo que niegan, pero no por lo que dudan. Es

¹ Miguel Antonio Caro.

más: yo no conozco ningún poeta verdaderamente escéptico, es decir, cuyo estado habitual sea el que quiere caracterizar el señor Núñez de Arce con el nombre de duda. Conozco, sí, poetas ateos como Shelley, ó pesimistas como Leopardi; pero estos no se quedan, como el señor Núñez de Arce, á la orilla del río, sino que resueltamente le pasan. De aquí la unidad de su carácter y de su obra, y la energía que ponen en la negación, atrayendó y subyugando, no en virtud de la negación infecunda, sino en virtud del alarde de fuerza con que combaten y niegan, porque la fuerza es siempre elemento estético, aun prescindiendo de su aplicación.

Además, es muy difícil determinar el objetivo de las dudas del Sr. Núñez de Arce. Si atendemos á la letra de sus versos, mucho más parece nacido para la fe que para el escepticismo, y nunca logra mayores efectos y es más sinceramente poeta que cuando embalsaman sus cantos los recuerdos de la fe que él da por perdida, ni suele aparecérselle la Duda con aspecto halagador, sino como *reptil áspero y frío*, cuyo diente se clava en sus entrañas, ó como un monstruo, bajo cuyas garras se retuerce, ó con otras figuras así, feas y desapacibles. Todo esto comunica, no hay que dudar, cierta frialdad y mo-

notonía al conjunto de las composiciones, por otra parte bellísimas (quizá, en la ejecución, las más bellas del poeta), en que el Sr. Núñez de Arce explota este recurso poético de la duda. No sé si á mis lectores les acontecerá lo mismo, pero yo veo en esta duda mucho de retórica. El Sr. Núñez de Arce se cree obligado á dudar, no porque su entendimiento propenda al pirronismo, ni porque su corazón esté seco de afectos y de creencias, sino porque *es hijo del siglo, y en vano se resiste á su impiedad*. Resulta de aquí una situación de ánimo indecisa y flotante, que quizá se desharía como niebla, si el Sr. Núñez de Arce precisase los términos del problema. El pesimismo de Leopardi tiene una base filosófica, la afirmación de lo absoluto del mal. Si el pesimismo *relativo* y escéptico del Sr. Núñez de Arce, que llama *satánica* á la grandeza de su siglo,

«Que entre nubes de fuego alza la frente,
Como Luzbel potente,
Pero también como Luzbel caído,»

y que nosatisfecho con esto, lanza rudísimas imprecaciones contra la ciencia humana, hasta afirmar con el más desalentado tradicionalismo que

«A medida que marcha y que investiga,
Es mayor su fatiga,
Es su noche más honda y más oscura;»